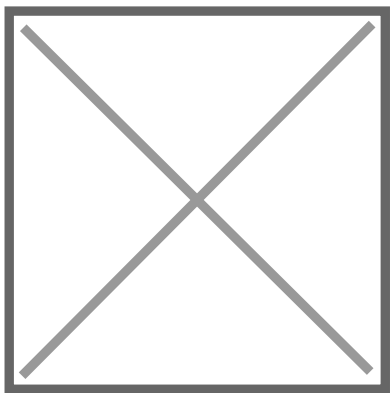




Al correr de mi vida, siempre apasionada, jalonada de gozos y tristezas, de ilusiones realizadas y punzantes desencuentros, he regresado a mis tierras de Curicó valiendo de casi todos los medios y las vías. En los primeros tiempos, niño aún, me traía el ferrocarril, asomático y toreador, con su grato aliento de carboncillo insalvable y su sedante "traca-traca" interminable. Apenas adolescente, viajé tres veces con las primeras fuerzas de mis piernas y los agobios del pecho, en bicicleta, por el viejo camino de ripio y tierra, dejando del asfalto que la cubría sólo hasta Nos. Algunas vez me trajeron en automóvil, y en los albores de la juventud en acción de guerra, como carga no declarada de un oficial de la Fuerza Aérea, tan metallote como yo. La fiesta que nos traía prometía mucho, y cumplió con creces. Fue la primera vez que, con el susto en el alma, podía admirar mi ciudad desde el aire, lagrimantes los ojos al embate del viento, apenas cubiertos por la visera de mica de nuestro indócil "Fair child". Los campos llenos de color, dibujados primorosamente con las puras líneas de la distancia, y la ciudad, con sus románticos techos de tejas, sus campamentos, la suave embalsación del cerro y, en el centro, el feraz oasis de la plaza, toda encuadrada en las palmeras que tanto quiero.

Allá por los años cuarenta, alterné el ferrocarril con los buses de la Empresa Galgo Ami, pionera en Chile de los largos tráficos camineros. Ya no venía sólo por mis campos y mi ciudad, a veranear, visitar parentes y participar en sus fiestas de todo color. Me traían romances y amores, y con su nacimiento se fueron vistiendo sus calles curicanas, el cerro, las torres, la Alameda, la plaza, con la seda y la patina que pomen los fuertes latidos del corazón y el dulce aroma de los suspiros. La Alameda, el cerro... Por sobre su tierra húmeda, en laerta del oro del otoño, pisaban mis pasos lentos de muchacho confundido, mientras mis ojos, ausentes del cuerpo, se sumían en las verdes lagunas de unos ojos que me hipnotizaban. Aquí, un banco; allí, una roca. Banco y roca con historia, calles y edificios... y nombres con historia.

Pero Curicó es más que la ciudad. Están sus hermosos campos, su estimulante cordillera, el sinuoso cañón del Matagrito, la magia del lago Vichuquén, murmurante de brisas y de susurros fantasmales, sus pueblos preñados de un pasado que pervive auténtico, soñoliento y encantador: Hualañé, El cántin, Vichuquén, y sus anchas playas, donde el mar nos regala con la distancia sin límites, y el florecer de las ondas en perpetua sinfonía, apaciguando el corazón, relaja dos los músculos y receptiva el alma a la belleza, la soledad, y el embrujo de las noches. En cada rincón de mis tierras curicanas enhebré una amistad, viví poemas de fiestas, de amozceros y horas del "angelus", sucumbí al embrujo de la bohemia y al encantamiento de los misterios del amor. Y si aquí fue Alameda y Cerro, alguna vez fue fina arena, de frente al mar, oscuros corredores, al anochecer, callejones, ahora son a tierra suelta y susurrantes de follaje, potreros de largo pasto perlado del rocío, junto a un sauce y un arroyo, y una vez, vieja torre de pueblo, que divisaba desde muy lejos, anhelante.

Amé a mis tierras curicanas porque soy su hijo, porque recorrí, palmo a palmo, su hermoso cuerpo provinciano, sembrando a manos llenas mis semillas de amor a la vida en todos los surcos. La amé más, si era posible, porque cada paisaje, cada pueblo, y de mi ciudad cada calle, me regalaban alegrías tan variadas como puede recibir una vida apasionada, y de cada una de ellas me queda un bello recuerdo y el dulor de pensar de la melancolía. Aquí regreso, una y otra vez, a pisar su tierra, sus pavimentos, a entrar a casas que me reciben con cariño, a respirar el frescor de sus mañanitas, la lentitud de sus tardes y el perfume de sus noches profundas. Y seguiré regresando, cuántas veces pueda cada año, a ésta que es y será, siempre, mi tierra madre, cuna de mis balbuceos de niño, de mis amistades de muchacho, y de mis romances de joven que se convertía en hombre. Con cada regreso un recordatorio de recuerdos, y el vigor amable de un presente que me otorga amistades de día en día más sólidas y trascendentes. ¡Qué grato es, para mí, sentirme amigo de todos y cada uno de los colaboradores de este Diario: La Prensa! Gracias a Oscar Ramírez, Director, noble y desinteresado amigo. Gracias a Aquiles Meléndez, a Carlos Pozo, a don Lacho, a todos... en este nuevo aniversario.

Estampas curicanas. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Estampas curicanas. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile